



Antonio Dal Masetto

HAY UNOS TIPOS ABAJO

Paraguay y Reconquista. Más que un barrio porteño, el Bajo es una singularidad. Mezcla dulce de diversión trasnochada, desvelo bohemio, prostitución, línea de escape. Pero son malos tiempos. Pablo, modesto periodista que se gana el pan omitiendo más que describiendo lo que pasa, recibe una mala noticia. Su amiga Ana le transmite que hay unos sospechosos al pie del edificio donde vive. Es sábado. El domingo se jugará el último partido del Mundial: Argentina vs. Holanda. La mezcla de sensaciones produce una de esas fijezas angustiosas en las que se revelan la sospecha, la certidumbre y el delirio. **Antonio Dal Masetto** registra con una fidelidad estremecedora tal sucesión. O tal vez la evoca. Raro oficio el del escritor. *Hay unos tipos abajo* resume —si es posible— el horror de los últimos años de la década del setenta en la Argentina. Con una admirable economía de recursos y una capacidad de respuesta casi inmediata, la narración de Dal Masetto es paradigma e instigación de una franja de la literatura argentina que no se resigna a metaforizar con delicadeza ni a testimoniar sin arte la realidad. Directa, contundente, pero también psicológica y sutil, esta novela escribe palabra por palabra el miedo, el horror, la paranoia de una época sin excusa.

1

Pablo dejó la bolsa del mercado en el piso, abrió la puerta del edificio, la aguantó con la rodilla y cuando estaba por entrar lo detuvieron unos bocinazos y gritos que se acercaban:

—Argentina, Argentina.

El alboroto impresionaba como una larga caravana, pero eran sólo tres autos que venían bajando por la calle Paraguay, con muchachas y muchachos asomándose por las ventanillas y agitando banderas. Cuando pasaron frente al edificio, una rubiecita de voz ronca echó medio cuerpo afuera, estiró los brazos hacia Pablo y le lanzó un beso:

—Argentina campeón del mundo, mi amor.

Pablo los miró irse sin hacer un gesto.

En la esquina, una pareja de ancianos que paseaba un perro se detuvo y los saludó con las manos en alto. Al perro le habían atado una cinta celeste y blanca alrededor del cogote. Los autos doblaron y los gritos y los bocinazos se perdieron por la avenida Leandro Alem. Sobre el puerto, viniendo desde el río, a muy baja altura, apareció un helicóptero y avanzó hacia la ciudad.

Los dos ancianos reanudaron la marcha y al pasar junto a Pablo le sonrieron cómplices. Pablo les contestó con una mueca y entró.

Subió en el ascensor hasta el tercer piso y al meter la llave en la cerradura oyó que detrás de él se levantaba la mirilla del departamento de su vecina Carmen. Evitó darse vuelta para no tener que iniciar una conversación. Vio, en el suelo, un papel doblado que habían deslizado por debajo

de la puerta y lo levantó. Era un mensaje de Ana: «Pasé tres veces. La primera a las diez de la mañana. La segunda al mediodía. Ahora son las dos de la tarde. Te estuve llamando todo el tiempo. ¿Dónde te metiste?».

El tono imperativo de la nota lo molestó.

—¿Qué pasa con esta mujer? ¿Me controla los horarios?
—dijo en voz alta mientras dejaba la bolsa sobre la mesa.

Estrujó la hoja en el puño hasta convertirla en un bollo, la arrojó al aire y la pateó con fuerza hacia un rincón. La pelotita rebotó en la pared y cayó dentro del cesto de los papeles.

—Gol —dijo satisfecho.

De todos modos, lo primero que hizo fue intentar llamar a Ana. Pero el teléfono, igual que por la mañana, seguía sin tono. Golpeó la horquilla con furia, varias veces, y colgó.

Llevó los comestibles a la cocina, guardó la carne en la heladera, destapó una botella de vino tinto y se sirvió. Se acomodó en el sillón y abrió el diario en la sección deportes. Leyó primero un comentario de Pelé sobre el partido que Italia y Brasil jugarían esa tarde por el tercer puesto. El resto de la sección estaba dedicada a la final del día siguiente, entre Argentina y Holanda: la Selección Nacional había cumplido otra jornada de trabajo en su concentración de José C. Paz, había varios jugadores afectados de anginas, el director técnico César Luis Menotti analizaba el funcionamiento y la dinámica del equipo rival. Una nota titulada «El boom de la bandera» registraba la extraordinaria venta de banderas argentinas en las últimas semanas. Los comerciantes, sorprendidos y faltos de stock, habían tenido que acelerar el aprovisionamiento. Un proveedor declaraba: «Con el Mundial, el argentinismo es un virus que prendió fuerte».

Pablo dejó el diario y pensó en la nota que le habían encargado en la revista sobre la transformación de la ciudad en el último mes. Semana a semana había visto cómo se iba produciendo ese cambio. La gente, eufórica, se ha-

bía lanzado a las calles cada vez que la selección ganaba un partido. En su nota debería dedicarles un párrafo a la presencia y al entusiasmo de las mujeres. Un fenómeno nuevo. Con el Mundial se habían vuelto expertas en fútbol y participaban a la par de los hombres. La explosión mayor se había producido hacía cuatro días, al clasificarse Argentina finalista con la victoria por 6 a 0 sobre Perú. Después del partido también él había andado por la avenida 9 de Julio y las cercanías del Obelisco. Alrededor del Obelisco era donde derivaban siempre los festejos y se prolongaban hasta la madrugada. Una ciudad de fiesta, caravanas de coches embanderados, bocinas, trompetas, bares llenos y gente abrazándose. La misma ciudad donde desde hacía años la reunión de más de tres personas era vista como sospechosa. Pablo recordó la circular enviada a los medios, firmada por la Junta Militar, con la prohibición terminante de criticar el desempeño de la Selección Nacional y a su director técnico.

Miró la hora, encendió el televisor y trajo la botella de vino desde la cocina. Los equipos de Italia y Brasil ya estaban en la cancha, habían entonado los himnos y ahora, en el círculo central, el referí y los dos capitanes sorteaban los arcos. En ese momento sonó el teléfono. «Por fin se arregló», pensó Pablo. Sin apartar los ojos de la pantalla estiró el brazo y acercó la mesita donde estaba el aparato.

Era Ana.

—Hola —dijo, y permaneció callada.

—Sí, hola —dijo Pablo.

—¿Todo bien?

Titubeaba, parecía preocupada.

—Bien —dijo Pablo.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿A qué viene la pregunta?

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Estás solo?

- Sí. ¿Con quién iba a estar?
—¿Qué estás haciendo?
—Mirando Brasil-Italia.
—Tengo que comentarte algo urgente.
—Te escucho.
—Por teléfono, no.
—¿De qué se trata?
—Después te explico.
—¿Algún problema?
—Voy para allá.
—¿Dónde estás?
—Cerca. En Córdoba y Maipú.

Empezó el partido y enseguida sonó el portero eléctrico. Pablo bajó el volumen del televisor y esperó a Ana con la puerta abierta. Ana le dio un beso rápido, cerró detrás de sí, se quitó el tapado, abrió la cartera, sacó los cigarrillos y encendió uno. Pegó un par de pitadas nerviosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo.

Ella buscó un cenicero en la cocina y se sentó en el sillón.

—¿Cuál es el problema? —insistió él.

Ana lo miró fijo a los ojos y dijo:

—Hay unos tipos abajo.

—¿Unos tipos?

—En un auto. Están desde la mañana. Pasé tres veces y no te encontré. Te estuve llamando.

—Tuve que ir hasta la revista por una nota que me pidieron urgente. Además, el teléfono no funcionaba. Se arregló ahora, cuando llamaste vos. ¿Qué hacías por el barrio esta mañana?

Ana esbozó un gesto vago con la mano, como quitándole importancia a lo que iba a decir:

—Fui a ver a una persona, acá a dos cuadras.

—¿Una persona? ¿Qué persona?

Ahora Ana dudó antes de contestar.

—Una astróloga.

—¿Otra más?

—Sí, otra más.

—¿Cuántas van?

—Mil. ¿Y qué hay? ¿Te molesta tanto? Son cosas mías

—dijo ella levantando el tono de voz.

La reacción de Ana lo sorprendió. Trató de calmarla:

—No lo tomes así. No dije nada. Hacé de cuenta que no dije nada.

—Sí que dijiste algo.

—Fue un comentario sin importancia.

—Dejame hacer mi vida.

—Está bien.

Pablo se esforzó por sonreír. Se conocían desde hacía más de seis meses y la ingenuidad y la dependencia de Ana ante las predicciones de astrólogos y videntes lo seguían irritando como al comienzo. Se le acercó y estiró la mano para tocarle la cabeza. La intención era acariciarla, pero hubiese podido pegarle.

—Ana, mi amor —dijo sin dejar de sonreír.

Ella se echó hacia atrás con brusquedad:

—Dejame tranquila.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa?

Ella se levantó del sillón:

—¿Me oíste o no? Hay unos tipos, raros ahí abajo, en un auto, desde la mañana. A lo mejor están desde ayer. O desde antes todavía.

—Cuando yo salí no vi a nadie. Volví hace media hora y tampoco noté nada.

—Están ahí.

—¿Dónde?

—Cruzando la calle.

—¿Frente al edificio?

—Llegando a la esquina de Reconquista.

Pablo prendió un cigarrillo y fue a pararse ante la única ventana del departamento.

2

El departamento era interno y la ventana daba a los techos alquitranados de las construcciones vecinas. Pablo se quedó mirando hacia afuera, de espaldas a Ana, tratando de reconstruir la escena de un rato antes, con los tres autos bajando por Paraguay, las bocinas y la rubia tirándole un beso. Recordó a los ancianos del perro, el helicóptero. No apareció nada más.

Había un gato durmiendo sobre la tapa de un tanque de agua. De tanto en tanto cruzaba una paloma. Más allá, en el último piso de un edificio, lenta, una mujer caminaba sin parar, paseándose de un extremo al otro del balcón. Pablo se dio vuelta:

—¿Llegando a Reconquista, dijiste?

Ana asintió.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—Dentro de un auto.

—Sí.

—¿Pudiste verlos bien?

—Sí.

—¿Qué aspecto tienen?

—La pinta clásica.

En ese momento sonó el teléfono y Pablo atendió. Era Roberto. Eufórico, divertido, le contó un par de chismes sobre los últimos problemas internos de la selección de fútbol. Siempre tenía a mano ese tipo de informaciones porque un conocido suyo colaboraba en el equipo técnico. Le preguntó si se había enterado de la carta del capitán del

seleccionado holandés a su hijita contándole maravillas de la situación en la Argentina, diciéndole que acá todo era tranquilidad y belleza, que ésta era la Copa de la Paz, y pidiéndole que no se asustara si veía algunas fotos de la concentración con soldaditos de verde al lado de los jugadores, ya que esos eran sus amigos, estaban para cuidarlos y sus fusiles disparaban flores. La carta había sido publicada en *El Gráfico* y era falsa, un invento de la revista. Pablo lo escuchó un rato y lo interrumpió, le dijo que lo disculpara, que estaba con gente. Roberto hizo un silencio y preguntó:

—¿Algún problema?

—Ninguno. Te llamo más tarde.

—Acá Sara pregunta cuándo pasás a vernos.

—En cualquier momento me doy una vuelta. Tenemos que arreglar. Te llamo después.

Colgó, tomó un trago de vino y se puso la campera.

—Enseguida vuelvo —dijo.

—¿Adónde vas? —preguntó Ana.

—Bajo un minuto.

—¿A qué?

—Quiero verlos.

—¿Ver qué?

—A los tipos.

—¿Para qué?

Pablo se dirigió a la puerta y, mientras salía del departamento, repitió:

—Quiero verlos.

Ana se levantó y manoteó su tapado y su cartera:

—Voy con vos.

Lo alcanzó cuando estaba cerrando el ascensor. Bajaron los tres pisos sin hablar, recorrieron el pasillo de entrada y antes de llegar a la puerta del edificio ella lo contuvo:

—No tiene sentido esto de ir a mirarlos.

—Quiero ver —dijo Pablo.

Salió a la vereda, levantó la cara al cielo y la luz lo obligó a cerrar los ojos, Ana lo siguió, lo tomó del brazo y se

dirigieron hacia la esquina. En efecto, allá estaba el auto estacionado: Peugeot, azul. Cuando pasaron, Pablo giró la cabeza y su mirada se encontró con la del hombre sentado al volante. Sintió la mano de Ana que le oprimía la muñeca y lo impulsaba a apurar el paso. Doblaron.

—¿Estás loco o qué te pasa? —dijo ella.

—¿Por qué loco?

—¿Cómo se te ocurre mirarlos así? Eso es como una provocación.

—¿Por qué no iba a mirarlos? Ellos también nos miraron.

—Ahora son tres.

—Ya vi.

Llegaron a Córdoba y tomaron hacia la 9 de Julio. Las calles estaban casi vacías a esa hora del sábado. En las vidrieras de todos los negocios había afiches del Mundial. Varios de los autos que pasaron llevaban en los vidrios la calcomanía que decía: *Los argentinos somos derechos y humanos*. En la esquina de Florida había un grupo de gente mirando hacia arriba. Tenían aspecto de alemanes. Una mujer les hablaba señalando el frente del edificio del Círculo Naval. Obstruían el paso y Ana y Pablo tuvieron que dar un pequeño rodeo para esquivarlos. Anduvieron un par de cuadras más, sin intercambiar palabras, Ana siempre apretando el brazo de Pablo y obligándolo a una marcha acelerada. Antes de llegar a Carlos Pellegrini, Pablo se detuvo y se desprendió de ella:

—¿Adónde vamos tan apurados?

Estaba parado en la mitad de la vereda, miraba el suelo frente a él y había abierto un poco los brazos, pidiendo explicación. Permaneció así unos largos segundos, pero Ana no le contestó. Se vio a sí mismo en esa postura, esperando, se sintió ridículo y esto lo irritó todavía más.

—¿Adónde? —insistió, poniéndose las manos en los bolsillos y levantando el tono de voz.

—A ninguna parte. Estamos caminando —dijo ella.

—Entonces caminemos como personas normales.

—Estamos caminando normalmente.

—¿A vos te parece que sí? Me trajiste a la rastra hasta acá.

—No grites. Vinimos un poco rápido.

—¿Un poco?

—Está bien, tranquilizate.

—¿Quién nos persigue?

—Nadie. Nadie nos persigue.

—No robamos nada.

—Está bien.

—No matamos a nadie.

—Tranquilizate de una vez.

—Yo estoy tranquilo. No sé lo que te está pasando. Ni que fuéramos dos criminales.

—¿Por qué no nos calmamos?

—La que tiene que calmarse sos vos.

—¿Vamos a seguir discutiendo en medio de la calle?

Pablo se alejó unos metros. Ana lo dejó ir. Después lo siguió y se le puso al lado:

—Por qué no nos sentamos a tomar un café.

—Bien, tomemos un café.

—¿Adónde vamos?

—A cualquier parte. Pero caminando despacio.

—Bueno.

—No soy ningún fugitivo.

—Bueno.

Se metieron en un bar angosto y poco iluminado, sobre Viamonte. Estaba casi vacío. Tres hombres tomaban cerveza en una mesa cerca de la entrada. Sentada en un taburete de la barra, una mujer conversaba con el tipo canoso de la caja. En realidad, sólo se la oía a ella. De tanto en tanto le apuntaba al canoso con el dedo y soltaba una carcajada breve y ahogada, sacudiendo mucho los hombros. La risa se transformaba en tos, la mujer se doblaba sobre el mostrador y apoyaba la frente en un brazo. Permanecía en esa

posición hasta calmarse, después reiniciaba el monólogo. Desde el fondo del local llegaba la voz del locutor transmitiendo el partido Italia-Brasil.

3

Pidieron café y esperaron sin hablar. Se habían sentado de manera que ambos podían mirar hacia la calle. También en ese bar había afiches del Mundial en la vidriera y en las paredes. En la mesa cerca de la puerta, dos de los hombres hablaban alto, casi no se entendía lo que decían y daba la impresión de que en cualquier momento iban a pelearse. El tercero permanecía rígido en su silla, con el mentón sobre el pecho. Parecía dormido, aunque tenía los ojos abiertos. Uno sirvió cerveza hasta que los vasos rebalsaron y la botella se vació. La cerveza corrió por la mesa e intentó secarla con servilletas de papel que fue arrojando al piso. El otro le reprochó la torpeza y le tiró un cachetazo que le rozó la cara. En el manoseo que siguió volcaron un vaso.

Pablo miró al canoso de la caja y al mozo, los vio tranquilos y se acordó de la nota que le habían pedido en la revista sobre la transformación de la ciudad en las últimas semanas. Se preguntó si también esta tolerancia era consecuencia de la euforia que había traído el Mundial y si un mes antes, a esta altura de las cosas, ya no hubiesen intentado echar a los tipos o llamado a la policía para que se los llevaran.

Los de la entrada pidieron otra cerveza. El mozo se la llevó y se quedó esperando que le pagaran. En la radio, la voz del locutor fue subiendo de tono y explotó en un largo grito que no terminaba nunca. Los dos hombres se dieron vuelta hacia la caja.

—¿Gol de quién? —preguntó uno.

—De Italia —informó el canoso.

Cuando el mozo trajo los cafés a la mesa de Ana y Pablo comentó satisfecho:

—Otro día de duelo nacional para los macacos brasileños.

Pablo asintió moviendo la cabeza.

El mozo dejó la bandeja en un extremo del mostrador, sacó los cigarrillos y le convidó uno a la mujer. Mientras se lo encendía le habló al oído. Ella rió, se ahogó y tosió, sacudiéndose sobre el taburete alto. Ana echó azúcar en su café, lo revolvió, tomó un sorbo mirando a Pablo por encima del pocillo y preguntó:

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—No sé, decí algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre los tipos de la esquina. Ahora los viste vos también.

—Los vi, ¿y con eso qué?

—Que están ahí.

—Sí, están.

—Bueno, decí algo.

—¿Algo como qué?

Ana respiró hondo, se pasó una mano por la frente y volvió a mirarlo fijo:

—¿Me estás tomando el pelo?

—Para nada.

—Esto no es gracioso.

—¿Quién dijo que es gracioso? ¿Yo dije que es gracioso?

—Dejá de hacerte el idiota —murmuró ella y prendió un cigarrillo.

El primer tiempo del partido había terminado. Uno de los hombres de la entrada se levantó, vino hacia el fondo con paso inseguro, se detuvo junto a la caja, auguró que al día siguiente el equipo argentino ganaría por 4 a 0 y que en el futuro jamás volvería a conocer la derrota. Siguió para

el baño. Por la calle pasó un patrullero tocando la sirena, adentro se llenó de estruendo y los vidrios y los espejos vibraron. El patrullero se alejó, se perdió y fue como si en la penumbra del local se hubiera instalado un gran silencio. Después volvieron a imponerse la voz del locutor en la radio y la tos de la mujer en la barra.

La cercanía y la violencia de la sirena le habían provocado a Pablo una opresión en la boca del estómago. Respiró hondo tratando de eliminar el malestar. Tomó un trago de agua y ahora fue él quien volvió al tema de los tipos frente a su casa.

—¿A qué hora me dijiste que pasaste por primera vez?
—preguntó.

—Serían las diez.

—Y ya estaban.

—Sí.

—Y volviste a pasar al mediodía.

—Un poco después de las doce.

—¿Era siempre el mismo auto que vimos recién?

—Me parece que sí. No podría asegurarlo.

—¿Las otras veces estaba estacionado ahí mismo o fue cambiando de lugar?

—Para mí que no se movió en todo el tiempo.

Ana apagó el pucho en el cenicero y después su mano siguió repitiendo mecánicamente el mismo gesto.

—¿En qué te quedaste pensando? —preguntó Pablo.

—En que el tuyo es el único edificio de departamentos de la cuadra —dijo ella, mientras aplastaba una vez más el filtro del cigarrillo.

Pablo cambió de posición en la silla y no dijo nada. Ana lo miró:

—En eso me quedé pensando.

—No empecemos con las asociaciones raras.

—¿Raras?

La puerta del bar se abrió y aparecieron dos hombres. Uno de traje, el otro con campera de cuero. No avanzaron.